



Gustavo Adolfo Bécquer

Las Jugadoras

Nosotros hemos visto jugar en todas partes, porque el juego se ha generalizado de una manera increíble.

En los dorados círculos de la alta sociedad, en los garitos de los tahúres, al fin de las sucias y derruidas tapias de la Ronda, en cada calle, detrás de cada esquina, el vicio ha fijado en la corte una bandera de enganche para sus neófitos; sin embargo, en Madrid la afición a los naipes sólo ha reclutado adoradores entre el sexo feo, si exceptuamos alguna que otra ave de mal agüero y peor catadura, especialidad femenina que conocen los asistentes a ciertos tugurios con un nombre gráfico.

Es preciso salir de la coronada villa, es preciso dar una vuelta por algunas de las provincias de España, y muy especialmente por algunos de los pequeños lugares enclavados entre las sinuosidades de la parte más escabrosa e inexplorada del Alto Aragón, para encontrar completamente trocados los papeles.

En la tarde del domingo, cuando el cura del lugar, después de dormir la siesta sale a hacer un poco de ejercicio por las eras cercanas, en compañía del alcalde, el médico y algunas otras personas graves de la población; cuando los labradores acomodados hablan sentados tranquilamente en los soportales de la plaza, y los mozos recorren las estrechas y tortuosas calles cantando la jota al compás de un guitarrico destemplado, se juntan en grupos a la puerta de una bodega, donde beben el vino en

pucheros, forman círculos en el juego de pelota, donde se lucen los más ágiles, o asisten, envueltos en sus mantas, al tiro de la barra, donde campean los más forzados; cuando chicos y grandes, casados y mozos, viejos y muchachos discurren, en fin, de un lado a otro, celebrando, cada cual a su manera, la festividad del día, las mujeres se reúnen en las cocinas de las casas, en los cantones de las calles o en las avenidas de los caminos, y dejando a un lado el rosario en que rezaban al sonar el toque de vísperas, desenvaina cada cual su más o menos mugrienta baraja, se sientan en un corro y da principio el juego.

En cada círculo se juega con arreglo a las circunstancias y los medios de las jugadoras.

El ama del cura, la alcaldesa, la cirujana y alguna labradora acomodada juegan el chocolate y los esponjados al amor de la lumbre, donde brilla el alegre fuego del hogar y hierve la vajilla con el agua preparada de antemano.

Las mujeres de los braceros y las hijas de los peones, engalanadas con sus apretadores verdes, sus sayas rojas y sus collares de cuentas azules, juegan en mitad del arroyo los cuartos y ochavos que han podido ahorrar en la semana, y gritan, riñen y se repelan al cuestionar sobre una jugada o el extravío de un maravedí.

Las chiquillas, sentadas al borde del camino que conduce al lugar, sacan también sus baratijas y juegan alfileres, huesos de frutas y cosas por el estilo.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo